

VIGILIA DE SANTA MARIA
Palabras del P. Abad de Montserrat, Josep M. Soler
26 de abril de 2007

Querido Sr. Arzobispo de Tarragona y Primado,

Querido Sr. Obispo de Urgel,

Queridos Sacerdotes, diáconos, seminaristas, religiosos y religiosas; queridos monjes y escolanes,

Queridos, hermanos y hermanas que habéis subido para velar a Santa María en esta fiesta tan nuestra,

Queridos jóvenes que, en la oración de esta noche os preparáis para el aplec del Espíritu, para dejaros llevar por su aliento fresco y nuevo.

Estamos en la casa de la Madre. María nos reúne y se muestra solícita desde este lugar hacia las diez Iglesias locales de Cataluña y hacia los peregrinos de todo el mundo que acuden a este Santuario. Se muestra solícita de cada uno de nosotros.

Estamos acabando el año jubilar que el Santo Padre Benedicto XVI nos concedió celebrar coincidiendo con el 125 aniversario de la coronación de nuestra imagen de la Madre de Dios y de la proclamación de su Patronazgo sobre Cataluña. Ha sido un año de gracia y de fiesta, en el cual hemos profundizado nuestras raíces y hemos cultivado nuestra esperanza, abiertos a la solidaridad con los que pasan necesidad y a la reconciliación de unos con otros para estrechar más la comunión eclesial y para consolidar más nuestra convivencia como pueblo. Demos gracias a Dios y en Santa María.

Hace sesenta años, la noche de hoy era todavía mucho más intensa que ésta, aquí en Montserrat. Miles y miles de personas subieron a pie durante toda la noche por los diversos caminos de la montaña; lo hicieron con espíritu de fe y oración. El día siguiente, por la mañana del día 27, se celebró la entronización de Nuestra Señora; es decir, se inauguraba la estancia actual donde está el trono y se ponía la Santa Imagen de la Moreneta. La participación popular de toda Cataluña fue entusiasta y generosa. Pocos años antes, la lucha fratricida, en la guerra civil, había llevado a la postración a nuestro pueblo. La ofrenda del nuevo trono a Madre de Dios fue el primer gesto público de reanudación y de reconciliación entre personas que habían estado en los dos bandos enfrentados en la guerra, fue la primera colaboración entre ellas para rehacer el tejido espiritual y cultural de nuestro pueblo. Fue, además, la primera vez que se utilizó en público nuestra lengua catalana, después de la prohibición que se había hecho. Aquel 27 de abril fue, también, un estímulo para la vitalidad eclesial de nuestras Iglesias diocesanas y para afianzar la devoción a la Madre de Dios.

Hoy, sesenta años después, recogemos la antorcha de nuestros antepasados para aprender de su espíritu de fe, de vigor y de constancia. Tal como nos han dicho nuestros obispos en su pastoral con motivo del año jubilar de Montserrat, hace falta que creamos cada vez más en el Evangelio para dejarnos cautivar por el hechizo de Jesucristo y que lo anunciemos con nuevo ardor en el contexto de nuestra sociedad; tenemos que aportar nuestro gozo y nuestra esperanza en los ámbitos donde nos movemos y mostrar cuál es la fuente. Hace falta, todavía, retomando, como decía, la antorcha de lo que hoy conmemoramos, que continuemos el espíritu de diálogo entre las diversas maneras de pensar y las diversas opciones políticas para ir construyendo el tejido social desde la propia identidad -como cristianos y como catalanes- y bien abiertos a la diversidad de otros pueblos que vienen a Cataluña para encontrar un nivel de vida más digno y más justo.

La Madre de Dios que, desde Montserrat, es el honor de nuestro pueblo, vela solícita por cada uno de sus miembros, por todos los que viven en Cataluña o están de paso. Ella nos ayuda y nos ayudará a avanzar.

Mientras damos gracias a Dios por los dones del año jubilar que acaba con esta solemnidad, y por la gracia que fueron las fiestas de la entronización ahora hace sesenta años, los monjes continuaremos trabajando para que Montserrat sea siempre un lugar "de fiesta y de convite", en el cual continúe resonando la palabra de la Madre de Jesús: *Haced todo lo que él os diga*.